

Cuento

Pop up - Víctor M. Campos
Prueba de fuego - Gustavo Ricardo Vignera
Una mirada que mata - Jhoana Chaidez
Mujer - Iraldo Ramírez Tapanes

Poesía

El circo - Juan M. Fernández Chico
Mon père - Carol G Jagger
Versos por Séneca - Damián Andreñuk
Tiempo - Bone
Habitación para una amiga - Melina Sánchez
Mi retrato de Dorian Gray - San Trópico
Desde hace algunos días hay un hombre viviendo en mi casa - Lisa Jr
Sombras - Sandra Cabrera

ANTOLOGÍA DE

AFTER
THE
STORM

No. 1 / 2024

BLACK

THUNDER

www.afterthestorm.store/blackthunder

Copyright © 2024 by After the Storm/Black Thunder – Different Authors

All rights reserved.

ISBN: 9798329092486

No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the publisher's prior written permission, except as permitted by U.S. copyright law. For permission requests, contact [include publisher/author contact info].

The story, all names, characters, and incidents portrayed in this production are fictitious. No identification with actual persons (living or deceased), places, buildings, and products is intended or should be inferred.

Book Cover by Black Point Studio

Number 1 edition, 2024

Índice

Cuento	1
1. Pop Up	3
Víctor M. Campos	
3. Prueba de fuego	7
Gustavo Ricardo Vignera	
5. Una mirada que mata	22
Jhoana Chaidez	
7. Mujer	29
Iraldo Ramirez Tapanes	
Poesía	33
9. El circo	34
Juan M. Fernández Chico	
11. Mon père	40
Carol G. Jagger	
12. Versos por Séneca	45
Damián Andreñuk	
14. Tiempo	48
Bone	
16. Habitación para una amiga	51
Melina Sánchez	

18. Mi Retrato de Dorian Gray	59
San Trópico	
20. Desde hace algunos días hay un hombre viviendo en mi casa	62
Lisa Jr	
22. Sombras	65
Sandra Cabrera	



Prólogo al Primer Número

Juan M. Fernández Chico

Este es el primer número de un proyecto que se desprende de **After the Storm**, una editorial independiente que nació con el objetivo de llevar literatura en español a las y lectores en Estados Unido. Esta naturaleza fronteriza la hace ser, ya de origen, un proyecto arriesgado.

Ahora, con **Black Thunder**, la apuesta se hace doble. Es un todo o nada.

Pero así como los primeros pasos de *After the Storm* fueron emocionantes, también lo es ver a esta publicación periódica comenzar a andar por si sola.

Black Thunder es un espacio de proyección para obras que, de otra manera, no tendrían un lugar para exponerse; es construir un espacio para que las voces de la literatura hispanoamericana puedan encontrarse, exponerse y dialogar.

Es un canal de comunicación para encontrar nuevas y nuevos lectores.

Las obras aquí publicadas fueron el resultado de una convocatoria abierta y publicar, un anzuelo que fue lanzado a un mar

salvaje con la esperanza de encontrar obras que se identificaran con nuestro estilo editorial. El resultado: una obra ecléctica, con temas, estilos y escrituras diversas.

Porque al final, el principal objetivo de Black Thunder ese ese: que la y el lector encuentre nuevas voces con las que se pueda identificar y, posteriormente, seguir. Un escaparate para ampliar nuestros gustos literarios.

Sin más, les dejo el primer número de muchos que vendrán. Agradecido con las y los escritores que se sumaron a este proyecto con sus obras, y deseándole a quien tiene esta obra en sus manos (o en sus tablets, o computadoras) que disfrute la tormenta.

Cuento





Pop Up

Víctor M. Campos

Descíframe o te devoro, *Rita Segato*

No sólo suena a otra cosa: significa algo diferente. Al abrirlo podrás encontrarte con una mujer que corre y no sabemos el porqué. Es la primera página: no tenemos que saberlo todavía. Aunque, si observas, notarás que todo sucede en un callejón. ¿Intentará escapar? ¿Qué podría motivar a una mujer a escapar de un callejón? Sí, tienes razón: es una pregunta estúpida.

Tenía un amigo gringo que se reía al verme comiendo cacahuates. Pensándolo bien, decir que se reía es poco. Se cagaba de la risa y decirlo así está más que justificado. Para él, un mal aprendiz de español, cacahuates lo llevaba a otra cosa. Caca, decía, y el ataque de risa lo partía en dos. Huates nunca llegaba a destino. Idiota.

Popó es a lo que suena y a mí también me lleva a otro lado: me hace pensar en otra cosa. Como en el pinche gringo. Traba-

jábamos de choferes y el idiota apenas y sabía leer. Gringo al fin. Pobre al fin. White trash al fin. Pero me caía bien: al menos hasta esa vez. No debí salir corriendo.

Lo sé.

En la siguiente página, alguien, en la boca del callejón, le cierra el paso a esa mujer. Qué pinche miedo, pero me gustan los libros que siempre terminan mal. Observa con atención y verás que es más de uno quien le cierra el paso. No está muy claro quiénes lo hacen porque el callejón está a oscuras y ellos traen la cabeza cubierta con capuchas: en el rostro negro sólo brilla su repugnante sonrisa. Qué pinche miedo, ¿no? En la siguiente página ella camina de espaldas, intentando ponerse a salvo, y tropieza. Sí, se cae y se le sale un zapato.

Así caía el gringo, partido de risa, y se revolcaba en el suelo. Sí, era inquietante. Pero luego se puso peor. Manejaba temerariamente y yo iba detrás tratando de no quedarme en el camino. Algunas noches, en mitad de la carretera, apagaba las luces y aceleraba. Yo lo seguía a ciegas y más de una vez estuvimos a punto de hacernos mierda.

Ella está en el suelo, pelea, abre mucho los ojos y la boca. Algún sonido de papel sale de ahí: ondas acústicas de colores que toman el lugar del grito. Y, como si hiciera falta, unas nubes cada vez más negras tapan el cielo. Ya sabemos que todo va a salir mal. ¿Para qué necesitamos nubes negras?

Por pura crueldad, ¿no? Nos encanta siempre y cuando no seamos nosotros los que estamos en el suelo. Como ella que, en la siguiente página, ya fue sometida. Uno de ellos la ha in-

movilizado poniéndole una rodilla en el cuello y agarrándole las manos. El otro está hincado entre sus piernas mientras esquiva los patadones inútiles que ella le tira para defenderse.

Es cierto que las ondas acústicas no necesitan ser vistas para existir: en eso son hermanas del dolor. Aquí las representan con papel para poner de manifiesto que ella gritó, pero que nadie vio sus gritos. Alguien ha triturado ese papel; ellos lo han reciclado para dar significado a sus gemidos y al llanto silente de ella: pura papiroflexia.

Luego, nada.

Como esa vez. Habíamos estado echando chelas en un bar de la frontera y él salió a mear. Eso dijo. Como tardó, como también me dieron ganas de mear, salí. Afuera parecía que iba a llover. Era de noche y el callejón estaba oscuro. Algo escuché al fondo, más allá de las camionetas, y fui a ver. Prendí un tabaco y con la misma flama del encendedor lo vi.

Pinche gringo. Su mirada locota bastó. Los gritos ya se habían caído al suelo y estaban hechos bola entre sus piernas: de tanta patada inútil el otro zapato también se le había salido. Antes de apagar el encendedor los miré por última vez.

Luego, cerré el libro.

Víctor M. Campos

La Diablera y otros cuentos (Fondo Editorial de Querétaro, 2005), Los cuentos del Arcángel (Fondo Editorial de Querétaro, 2006), El vals de la oscuridad (Sativa, 2011).



Prueba de fuego

Gustavo Ricardo Vignera

Me preguntó a dónde iba y le cerré la puerta en la cara. Ya estaba podrido de tantas preguntas. Adónde vas, con quien te juntás, a qué hora volvés, Rosaura, la mujer que me había tocado en desgracia como madre me tenía harto con tanto interrogatorio cada vez que salía.

Yo podría resumirles mi vida en un cuarto de página a lo sumo en unos treinta renglones, pero treinta renglones grosos, treinta renglones que no pueden ser escritos con tinta ya que fueron escritos con sangre.

Dicen que el éxito de las personas está sujeto a la suerte sumado al hecho de estar alertas para aprovechar las oportunidades que se presentan en el momento justo. Desde mi nacimiento estuve cinco minutos corrido de ese momento justo, por consiguiente, siempre vi pasar el tren cuando llegaba a la estación de mi destino.

Mi viejo, Edmundo Sosa, jamás me dio bola, ni siquiera la mínima, tal vez porque no haya sido un hijo buscado o simplemente porque no deseaba tener un hijo con mamá solo quería tenerla

como mucama con cama adentro y sin salario, o quizás porque les aparecí demasiado pronto, no era su momento o quizás no, lo cierto fue que nunca se ocupó de mí, ni poniéndome límites, ni siquiera dándome un abrazo y mucho menos diciéndome que me quería. Pero a pesar de ser como es, el tipo más crápula que conozco y que cada vez que se ponía en pedo la cagaba a palos a mi vieja yo le tenía cariño, era mi ídolo y mi sueño era llegar a ser como él. El muy turro siguió procreando infelices buscando el hijo perfecto, el hijo predilecto para brindarle su amor fraternal, pero tuvo mala racha en sus dos intentos posteriores. Ramón, mi hermanito discapacitado y Lucio, el del medio, que como todo hijo del medio se liga no estar en la mira de nadie, como un planeta que gira por la galaxia sin ninguna órbita definida, tampoco ellos fueron ungidos por su amor de padre. Digo ungidos aunque no sé qué significa ni sé si se escribe con hache o con jota, pero esa palabra la escuché una vez que entré a una iglesia con la intención de hacerme de las monedas de la señora que pasa la canastita pidiendo las limosnas.

A mi vieja solo le importaban las gallinas y tenerme siempre controlado, pero era un control boludo, como quien controla que no se te desborde la leche de la cacerola que pusiste a hervir, un control por ella más que por mí, un control para sentirse que era una buena madre y no una boluda que vivía dentro de un termo. Como les dije, las pocas veces que fui feliz fue cuando mi viejo no estaba en casa, cuando estaba de parranda corriendo pendejas y desaparecía de casa por semanas, sabía que en ese tiempo, al menos no habría quilombo con la vieja y que

ni yo, ni mis hermanos deberíamos esquivar algún castañazo en la volteada.

Así fue como empecé a cortarme solo, a mi vieja le decía que iba al industrial, pero yo me iba a boludear por el barrio, casi siempre a lo del Pirulo, un amigo que me había hecho en la canchita del descampado. Su vieja jamás estaba en la casa y nunca le faltaba algo de paco para volar un poco. No siempre nos drogábamos, la mayoría del tiempo mirábamos dibujitos en la tele o escuchábamos cumbia. Un día él se apareció con una remera gastada que tenía impreso “los Ramones” y nuestra onda cambió. Hey Ho!!! Lets go!! Me gritó saltando sobre el colchón y yo le devolví ese grito de guerra sin entender que carajo decía esa letra. Desde mi ignorancia por ese tipo de música supe desde el principio que era algo revolucionario, algo que me daba esa identidad que tanto yo como el Pirulo estábamos buscando. Yo me había hecho la historia que también los Ramones estaban en el mismo barco que nosotros, todos afuera de este puto sistema. Dado que en mi casa no había un mango, necesitaba hacerme de guita, ya que el Pirulo, si bien era un gran tipo, no era una monja de Calcuta para hacer beneficencia conmigo, yo también debía chorear para bancar nuestros vicios, si se pueden llamar de esta manera.

Por ese entonces empecé con cautela, lo último que quería era que me agarrara la yuta y que mi viejo me tuviese que sacar a patadas en el culo de la comisaría, por eso buscaba la oportunidad de ratear cuando la gente no estaba en la casa o cuando estaban distraídos o durmiendo la siesta.

La primera vez fue a mis catorce, no me la puedo olvidar, fue en lo de una vieja que debería tener como ochenta años, era más vieja que mi abuela y que el borracho de mi abuelo, tremendo dúo que siempre fue mejor perderlos que encontrarlos. Yo cuento todo esto, no porque quiera justificar mi actuar, total ya a nadie le importa lo que haga ni siquiera a mi familia, ni siquiera a dios si es que existe. Sabía que uno de los mandamientos de los ladrones es no chorearás en el barrio en donde vives, no es de buen ladrón meterse con tu gente, con los vecinos que te rodean, es un tema de códigos, pero quién me iba a hablar de códigos si yo estaba re duro y necesita guita para la merca y también para otros gustos que les voy a ir compartiendo.

La viejita estaba con su escoba y su balde barriendo la vereda y veo que la puerta de chapa de su casa estaba entreabierta, en un descuido, en el que la vieja saluda a un repartidor de soda que pasaba, en ese instante me le cuelo y me meto en la casa. Como un perro sabueso entro en el dormitorio y le empiezo a revolver todo y no encuentro nada, solo una boleta de la luz con unos pocos billetes de cien enganchados con un clip. Pienso que la guita la debía tener en la cocina, los viejos suelen guardar los ahorros en el lugar menos pensado, entonces pensé que podría estar escondidos en algún tarro de yerba o de galletitas. Le di vuelta todo, estaba tirando todo en la pileta hasta que la vieja vuelve con su balde y su palo de escoba. La muy hija de puta reaccionó y me dio un palazo en la cabeza. Yo solo atiné a empujarla y salir corriendo, ya en la puerta pude ver como la vieja se levantaba con dificultad y me gritaba que le iba a contar

a Rosaura. Me había reconocido y ahora me tenía que bancar el sermón de mi vieja. Esa noche volví a casa como si nada hubiese pasado y la señora con un chichón en la cabeza, sentada en la cocina junto a mi vieja me estaban esperando. Negué y reagué todo lo que la señora me acusaba, dije que estaba confundida, que debía ser otro chico, que seguro era el Aldo que siempre anda por el barrio rateando y tiene mí mismo corte de pelo, que yo en ese horario estaba en el industrial haciendo taller, mostrándole un trabajo que había hecho hacía cinco meses. Esa vez aprendí que antes de cometer un ilícito hay que tener preparada una coartada, uno nunca sabe si te aparece una vieja de mierda que te reconoce y te mandan en cafúa sin comerla ni beberla.

Mi vieja, creo que no me creyó, porque me empezó a joder conque tenía que ir a la iglesia y confesarme. Lo que le prometí y como en otras tantas veces le mentí. Esa vez me quedé asustado y no volví a afanar por una semana o dos, el hecho de ver a la vieja en el piso con su golpe en la cabeza me hizo acobardar, yo no era un pibe violento, pero la vida me fue haciendo duro y ya no me importaba si alguien salía lastimado si la recompensa los justificaba.

Recuerdo esa vez que el Pirulo se apareció, con otra remera de los Ramones, como siempre y unas llantas Adidas que rajaban la tierra. Yo no me podía quedar atrás, había pasado por la casa de deportes y las vi relucientes en la vidriera, salían como cuarenta lucas y yo ni a gancho llegaba a la mitad, pero yo debía tener unas iguales a las de mi amigo sino era un careta. Tomé coraje

y entré al local, le dije a la minita que venía a comprar un par de zapatillas. Ella me preguntó la marca y mi número. Le dije cuarenta y dos y que quería unas iguales a las de la vidriera. Me trajo una caja, y pude verlas en mis manos, se me hacía agua la boca. Esas zapatillas tenían que ser mías y estaba a solo unos minutos de poder lograrlo. El encargado, un garca con bigote de foca desde la caja me miraba de reojo. No tenía que ser muy despierto para darme cuenta de que estaba desconfiando de mí. Le dije a la minita que me las tenía que probar y el tipo automáticamente giró su cabeza. Le pedí un calzador y mientras la chica iba hacia el mostrador, el bigotudo enfiló para la puerta del negocio. Me probé la izquierda con mucho cuidado observando todo el movimiento de mi alrededor, luego la derecha y disimuladamente miré donde estaba ubicado el tipo y si me dejaba algún espacio para escabullirme. En eso entra una mujer con dos pendejos chiquitos uno de cada mano, el tipo se corre hacia un costado y el muy guacho la saluda amablemente dejándola pasar. Esa era mi oportunidad, mi momento de suerte. Guardé mis zapatillas viejas y desteñidas en la caja. Hey Ho!!! Lets go!!! y salí corriendo como un toro hacia la puerta. El tipo se avivó de inmediato y quiso agarrarme, la vendedora me corría por detrás, la mina me agarra de la camiseta y me hace detener, le pego un codazo en la trucha y la tiro al piso, el bigotudo me tira una piña que esquivo y con toda mi fuerza le meto un cabezazo en la mandíbula y lo noqueo. En la calle y a muchas cuabras de ahí, al tocar mi frente pude ver su sangre entre mis dedos.

Esa semana dejé las zapatillas nuevas en la casa del Pirulo,

habría sido muy evidente aparecerme con esa maravilla en mis pies y que nadie en mi casa se diera cuenta que eran afanadas, pero un día me olvidé y llegué con esas yantas puestas, para colmo mi viejo estaba, me vio y sin mediar palabra me rompió la nariz de un trompazo, desde ese momento tengo el tabique torcido.

—De dónde las sacaste —me preguntó y no le respondí. Insistió en saber a quién le había afanado la guita para comprarlas.

—¡No las compré y no le afané la guita a nadie! —le dije más calmado viendo, otra vez, sangre chorrear entre mis dedos.

Aunque no me creyó, ambas afirmaciones eran dos verdades absolutas. Me amenazó con llevarme a la comisaría y no sé cuántas cosas más, pero el hecho fue que seguí usando esas altas yantas sin ningún prejuicio desde ese episodio.

Como podrán notar por mi torpeza, no soy un ladrón de guante blanco, soy un chorruto que aprendió a los golpes, pero mis experiencias no me alcanzaban para jugar a las ligas mayores, yo quería ser un ladrón respetable, un ladrón de renombre. Una tarde, en la que estábamos fumando porro en lo del Pirulo, se apareció el flaco Cartucho, nadie lo conocía por su nombre real, pero todos lo conocían por los afanos de gran escala que había cometido con su banda. Estaciones de servicio, camiones de caudales, financieras formaban parte de su currículum, como también su recorrido por las cárceles de Olmos y Sierra Chica, en las que gracias a los contactos en la política de su abogado conseguía bajar la pena de robo calificado. Nunca le consideraron las reincidencias como robo agravado con lo cual con

buena conducta en el penal en menos de dos años estaba de vuelta en el ejercicio de su talento innato.

—Me tengo que rearmar —le dijo el flaco Cartucho al Pirulo— tengo un plan y necesito gente al menos cuatro.

Entre pitada y pitada escuchaba atento la conversación como si una eminencia estuviera dando una clase magistral. Si soñaba con dejar de saltar techos y empujar viejas, esa era mi oportunidad de subirme a la banda del flaco Cartucho. Hasta ese momento mi raid delictivo era más bobo que un circuito de Scalextric y en cierto modo me avergonzaba. Sabía que no iba a llegar a nada siendo un lobo solitario, estar en una manada me haría fuerte y sin duda los beneficios de los atracos serían mayores. Yo me ofrecí a ayudarlo y sacando su bufoso de la mochila, con desprecio, le dijo al Pirulo:

—¿Quién es este salame?

Mi amigo le respondió que yo era alguien de confiar, que tenía experiencia y que no me faltaba coraje, que no le tenía miedo a la yuta y que estaba dispuesto a todo, que estaba jugado.

—¿Usaste una como esta alguna vez? te veo muy tiernito —me dijo mirándome a los ojos. Se me frunció el orto, disimulé lo más que pude y con un gesto le mentí.

—¿Mataste a alguien? —y volví a mentirle—si lo hubieras hecho no mirarías el revolver con tanto miedo.

Le dije que no tenía miedo, que me la bancaba y si quería que me pusiera a prueba, que era capaz de demostrarle cualquier cosa.

Y así empezó mi prueba de fuego. Estaba nervioso como cuando tenía que dar un examen de matemáticas en la primaria.

—Este viernes les pagan a los proveedores en el super del chino, quiero que lo asaltes, quiero ver cómo controlas la situación sin que tengas que llegar a tener rehenes. —me ordenó y me puse a planear el robo.

Al chino lo tenía junado, un buen tipo amigo de mi vieja, siempre nos fiaba cuando el hijo de puta de mi viejo se iba de joda y no nos dejaba un mango partido al medio, pero a pesar de eso, no podía darle la espalda a esa oportunidad y lo correcto era lucirme. El Pirulo me dijo que me ayudaba, que él me haría de campana y que me prestaría un pasamontañas, para que nadie me reconociera.

La noche anterior no pegué un ojo, parecía que un millón de hormigas coloradas se me habían colado por el culo. Repasaba cada uno de los pasos que debía seguir, cuál sería el momento exacto de mostrar el arma, con que intensidad amedrentar, que gritos debía realizar para poder tener controlados al chino, a la china, a las cajeras y a todos los giles que estuviesen comprando en ese momento.

A eso de las seis, pasé por lo del Pirulo para ultimar detalles. Me dio un chumbo y el pasamontañas y me preguntó si estaba seguro. Solo lo miré y me reí. Tomé las dos cosas y me las guardé en la campera. Llevaba puestas las Adidas, si iba a ser un gran golpe debía ir de punta en blanco. Por eso me di un saque de última hora para tomar coraje. Hey Ho!!! Lets go!!! y nos fuimos caminando para el super del chino. Mi amigo estaría esperando en la puerta por cualquier cosa, para ser más preciso en la vereda de enfrente detrás de un árbol que tiene un tronco grueso que lo

hacía invisible desde mi lugar. Yo me paré frente a la cortina de plástico y conté hasta diez. Uno, dos, tres...nueve y Hey Ho!!! Lets go!!! Es ahora o nunca. En ese momento me pide permiso una mina que llevaba un cochecito de bebé, el estómago se me hizo un nudo marinero. ¿Entro no entro? ¿Entro no entro? Miro para enfrente. El Pirulo me hace una seña con la palma de su mano para que avance. Entro. Miro las cuatro cajas frente a mí. Meto la mano en el bolsillo izquierdo de la campera y siento el frío del metal del caño. Meto la mano en el bolsillo derecho de la campera y siento la textura peluda del pasamontañas. Si yo soy derecho porque mierda puse el revolver en el bolsillo izquierdo. Soy un reverendo pelotudo. El chino, la china y las dos empleadas en sus puestos de trabajo. Un pelado con la camiseta de Newells y apoyado en una pierna y en una muleta se hace el canchero con una de la minitas. Voy hasta las góndola de las cosas de limpieza. Miro para abajo. La china pasa al lado mío y me saluda. ¡Buenas tardes, Atilio! ¡Buenas tardes! Respondo. Estoy jodido. Sigo caminando despacio. Agarro una canasta para hacer que estoy comprando. Agarro un jabón Federal y una esponja Patito. La mina del carrito de bebé quiere pasar y me corro. Dos viejas que vienen charlando se aparecen de frente. Ya somos muchos en ese pasillo. El super está hasta las tetas. Creo que no fue el mejor día. Me voy para el lado de las heladeras. Abro una puerta de vidrio. Saco una lata de cerveza. La abro y le meto un trago. Ya no tiene sentido ponerme el pasamontaña. Aún tengo la oportunidad de arrepentirme y salir. Salir y pensar en volver otro día. Pensar, sí pensar. Otro día seguro que la cosa

va a estar más tranqui y no va a estar esa pelotuda con el carrito de bebé mirándome, ni el pelado de la muleta, ni esas viejas chotas que seguro conocen a mi vieja y que en menos de lo que canta un gallo le van a ir con el cuento. Pero si salgo ahora soy un forro. El flaco Cartucho se va a dar cuenta que soy un cagón y que no tengo huevos para afanar un supermercado de un chino de mierda. Meto mi mano derecha en el bolsillo izquierdo, se me traba, no puedo sacar el chumbo, la puta madre, hago fuerza, no sale, no sale. Bummm!!! Se me escapa un tiro. Me cago en las patas. Estoy aturdido apenas puedo escuchar unos gritos que parecen zumbidos. Miro para afuera a ver si me ve el Pirulo. Al fin saco el arma y apunto al techo. Tiro dos tiros al aire. Se que tengo tres balas en la recámara aún. La gente grita. Gritan como locos. El bebé llora. La madre lo cubre con el cuerpo. Las viejas chotas gritan. El chino se agacha detrás de la caja. La china pasa corriendo al lado mío y se va para el fondo. Grito “que nadie se mueva”. No quiero que nadie salga herido, siento movimientos detrás de la góndola. Revoleo la canasta con el jabón y la esponja Patito. Vuelvo a disparar pero ahora al vidrio de la heladera. El vidrio se astilla y vuelan pedacitos por todos lados. Ahora no se escucha ni el ruido de una mosca. Voy hacia las cajas. El pelado de Newells esta tirado boca abajo en el piso. El chino me mira a los ojos, me reconoce. Yo no sé si sonreírle. Siempre sonrío cuando me miran. Debo poner cara de malo aunque no me salga. El chino está cagado en las patas. Le pido una bolsa de nylon grande. Veo que su pantalón está mojado, también se había meado. Meado en las patas. Le pido la guita.

¡Vamos rápido! Se resiste pero me la da. Lo voy arrastrando del cogote apuntándole a la cabeza por cada una de las otras tres cajas. Las dos cajeras están acurrucadas. Ellas también están cagadas. Todos están cagados, menos yo. Aún tengo dos balas. Con la bolsa llena, les aviso que los voy a matar a todos y tiro otro chumbazo al aire. Escucho un ruido afuera, pero no le doy bola. Pensé que podría ser una ambulancia que llevaba algún enfermo al hospitalito. Salgo victorioso, tenía mi botín y nadie había salido herido. Aprobé la prueba.

El tiempo se detuvo y no estoy caminando, siento que voy flotando sobre una alfombra mágica que me lleva desde las cortinas de plástico hasta una tarima que pusieron en la vereda de enfrente. Veo fuegos artificiales y montañas de papel picado que cae desde el cielo. En ese escenario improvisado lleno de guirnaldas y luces de colores están el Pirulo y el flaco Cartucho esperándome. Me están esperando con los brazos abiertos. Se que soy bueno. Se que ellos están orgullosos de mí. Me bajo de la alfombra y recibo un diploma. Pirulo me abraza, el flaco Cartucho aplaude con fervor, están emocionados. Saco el moño rojo y lo desenrollo. Ahora si puedo confirmar al mundo que soy un delincuente profesional con todas letras.

Se apaga todo. Oscuridad total y sigo parado en la puerta. Creo que me pasé con el saque. Frente a mi dos patrulleros y como cinco policías me apuntan con Itacas. Soy boleta. Miro al árbol del tronco grueso y me doy cuenta de que el Pirulo no está más. ¿Me habría traicionado tal vez? No lo creo. Levanto las manos. La derecha con el chumbo, la izquierda con la bolsa de guita.

Que largue el arma me ordenan por megáfono. No la voy a soltar ni en pedo. Que largue el arma, insisten. Bajo despacio el arma, la veo pasar a la altura de mis ojos, lo sigo bajando en cámara lenta milímetro a milímetro y lo ubico debajo de mi pera justo en el hueco que forma la mandíbula. No tengo miedo. La bolsa de guita sigue en alto. Ahora soy mi rehén. Ahora soy mi secuestrador. Me odio. Me amo. Una de las partes de mi se acuerda de mi vieja Rosaura y su persecuta, del hijo de puta de mi viejo, de mi abuelo el borracho, de mi hermano en silla de ruedas y del otro infeliz. La otra parte de mi se acuerda del Pirulo, de las llantas blancas en la vidriera, de la vieja que tiré en el pasillo, del flaco Cartucho y sus ojos penetrantes que desconfiaban de mí. Veo que algunos vecinos salen a la calle y otros se asoman por las ventanas. Es un show. La yuta no se va a animar a dispararme. Son unos giles. Soy mi propio rehén y puedo pedir lo que quiera. Quiero que vengan el fiscal o mejor... o mejor los periodistas de la tele. La tele es mejor, me va a dar más fama. Habré aprobado esta prueba me pregunto. ¿Qué dirá el flaco Cartucho? ¿Cumplí la consigna? ¿Me sumará a su banda? Me vuelven a ordenar que baje el arma y los ignoro. Creo que lo mejor sería volver al super del chino y tomarlos a todos de rehenes. Tengo una sola bala. Un poli que está detrás del capó de un Falcon estacionado fuera de mi campo visual se levanta de golpe y me apunta. Pude distinguir su dedo nervioso en el gatillo. Se que dios me está mirando, sé que no me espera. Cerré los ojos y apreté mis muelas. Hey Ho!!! Lets go!!! Los

fuegos artificiales iluminan la noche y montañas de papel picado
caen como lluvia desde el cielo.

Gustavo Ricardo Vignera

Nació en Buenos Aires, en el año 1960. Ligado al mundo del arte como músico y compositor aficionado, también se graduó en Ciencias de la Computación. Entre sus referentes literarios reconoce a Franz Kafka, Marco Denevi y Stephen King. De fuerte personalidad literaria, su producción es una atractiva combinación de sarcasmo, mirada crítica sobre lo social y lo político y, en definitiva, sobre los intrincados y contradictorios caminos de lo humano.



Una mirada que mata

Jhoana Chaidez

Era medianoche, se trataba de una de esas jornadas duras de trabajo. Soy prostituta desde mi juventud, lo aprendí de mi madre y dentro de un mes cumplo la década. Justo en esa noche ocurrió algo extraño y puedo jurar a cualquier Dios que nunca había pasado una velada tan especial como aquella. Y no me refiero al coito ni a las demás cosillas, esto va más relacionado con los sentimientos reales que puedes tener por primera vez en tu vida hacia un completo desconocido, y no fue placer, esta vez fue amor. Sé que sí y quiero creer que en realidad así fue.

Llegaron unos tipos muy atractivos, eran jóvenes para mi suerte, no como aquellos viejos con los que me tenía que acostar casi a fuerzas pensando en billetes. Eran un par perfecto, carismáticos y caballerosos a pesar de ser yo su objeto sexual.

El bar Ally es un sitio muy descuidado, pero el ambiente es buenísimo. Hay bailarinas, meseras y otras cosillas que prefiero no mencionar. Siempre huele a tabaco y alcohol a morir. Y de vez en cuando pienso: «Jodidos hombres, ¿por qué malgastan su vida con porquerías?», pero caigo en la conclusión de que de eso

vivo, de hacer malgastar sus vidas en mi cuerpo. Entonces una leve sonrisita picarona se forma en mi rostro.

Los tipos estaban charlando sentados en un rincón. Si mi jefe se enteraba de los ausentes que estaban me iría mal, así que me acerqué velozmente.

—¿Gustan algo galanes? ¿O les apetece algún servicio? —pregunté acariciando los hombros del tipo más moreno.

—Más al rato yo deseo un servicio y lo quiero contigo señorita —dijo el moreno viéndome directamente a los ojos, debo admitir que me generó una sensación extraña, su mirada era especial, pero no porque fuera yo, sino porque así era. Era una mirada tan potente, seductora, atractiva, mejor dicho, me da la impresión de ser de esas miradas que matan, pero, ¿por qué digo eso? Si es la única mirada de este tipo que he visto en mi loca vida.

—¿Señorita? Vaya que se equivoca joven —dije vacilando, siempre va un poco bien seducir de esa manera.

—Da igual. Vienes en un cuarto de hora, te quiero puntual —terminó y algo efusivo comenzó en mi corazón. No tenía una explicación clara y precisa de ello. «¿Cómo rayos? Es un cliente, de él comes» me reprochaba.

Juro que en esos quince minutos me quedé paralizada, no lo podía creer, yo estaría con un tipo que en rara manera sentía tan mío, esas cosillas no sucedían todas las noches, sin duda sería una velada muy, muy especial. Vinieron a mis pensamientos imágenes de cercanía y paz, y al mismo tiempo maldije al cielo, quería que Dios moviera los astros, que hiciera lo que sea, incluso que moviera la órbita de Marte, pero que yo tuviera un

futuro digno, donde pudiera ser amada de verdad y apreciada como mujer. Y una lágrima deseo rodar por mis mejillas cuando me vi dejando mi empleo y siendo una ama de casa, en matrimonio con un hombre y toda una madre de familia, eso era lo que realmente quería en mi vida, era lo que le daría verdadero sentido.

Aun no me explico cómo pudo suceder todo esto en tan breve lapso de tiempo, debe haber una explicación que desconozco, lo único que sé es que algo me unió al tipo de una forma entrañable.

—Tú dime hacia donde vamos —me dijo el mismo que me hizo perder la noción.

—Eh... eh... En realidad, tú decides el lugar —respondí bastante nerviosa, nunca me había sentido así después de haber tratado con tantos clientes.

—Prefiero los cuartillos de aquí, ¿qué te parece? La mujer también debe opinar.

Esas malditas —o benditas, mejor dicho— palabras me hicieron sentir especial por primera vez en mi vida, nunca me tomaban en cuenta y él era distinto.

—Está bien, en los cuartitos del prostíbulo —concluí mostrando indiferencia, tal y como me lo enseñaron mis largas experiencias en el oficio.

El tipo era de altura enorme, piel morena y de una musculatura tonificada. Era evidente que pasaba horas en el gimnasio o haciendo ejercicios de brazos y pierna.

Me tomó por la mano y lo dirigí hacia el lugar del pecado

mismo. Una vez allí me hizo una petición:

—Quiero quitarte la ropa, no lo hagas tú. Y también, yo me desvestiré, así lo prefiero.

Cuando me senté encima de su abdomen, pude volver a ver más detenidamente sus ojos, de color negro, pero más allá de su color, su mirada era especial, única, revelaba algo... Y repito, esa mirada me hacía sentir especial, como su reina, más que eso, era como ser amada por primera vez.

Era un completo misterio para mí, un desconocido con el que compartía algo tan íntimo, y no me refiero al coito, sino a los sentimientos, esos sentimientos reales que solo le abres a esa persona especial.

Me empezó a besar cada extremidad de mi cuerpo y la excitación comenzó a reinar con los dulces gemidos que mi alma cantaba. Fue una velada magnífica, la mejor de todas. Cada parte íntima de mi cuerpo se llenó de gloria y sintió por primera vez lo que era hacer el amor, no sexo, éste solo es un acto superficial, en cambio, yo me elevé hasta los mismísimos cielos.

No me detendré con cada acto que hicimos en aquella noche, pero me atrevo a revelar que hicimos cosillas que considero las más perversas del mundo.

Después del último coito vaginal, me rodeó completamente con sus brazos y acercó su potente mirada a la mía.

—¿Cómo te llamas, hermosa? —preguntó con una atención y trato único y especial.

—Victoria, soy Victoria —respondí nostálgica por lo que significaba, en mis casi diez años ningún cliente preguntaba por mi

nombre.

—Lindo nombre, lindo como tú. Yo me llamo Diego, Diego Ramos —dijo mientras acariciaba mis pezones.

—Mi madre me puso Victoria porque fui su refugio cuando nació —confesé con tanta confianza.

—¿En verdad? ¿Tu madre aún vive? —se interesó.

—Sí, aunque está muy enferma de bronquitis. Gracias a Dios podemos tenerla aún con nosotros.

—Espero se recupere pronto —respondió, esta vez acariciando mi clítoris.

—Gracias. ¿Te puedo preguntar tu edad?

—Tengo veintisiete años, hermosa —reveló.

«Riiiiin, riiiiin»

Era su teléfono celular, una llamada telefónica.

Se apartó de mi lado y cogió el teléfono.

—Rayos, ¿qué quiere esta mujer? —dijo con enfado. Debo admitir que todo lo que habíamos construido esa noche se destruyó en ese preciso instante—. Hola amor, ¿qué pasó?... Ajá, estoy aquí de guardia... No, no es necesario... Descansa, cariño... Hazme caso, duerme que en un rato llego... Ajá... Ándale, cuídate... Adiós.

Colgó y aventó el aparato con desprecio.

—Discúlpame, preciosa, era mi esposa, ya sabes.

Me sentí de nuevo el objeto sexual de siempre, no esa mujer amada y apreciada. Era como una traición a mis ilusiones e ideales más profundos. Solo fui su diversión por un momento y él se marcharía con su mujer, sí, su amada esposa, ella que

lo tiene todo, definitivamente. Mientras yo soy un completo desastre que desea ser amada con locura y con esa mirada que mata.

—Lo siento. Estar contigo fue sensacional, pero me tengo que ir.

Asentí confusa y hecha pedazos. Permanecí en silencio mientras se vestía. Rápidamente, tomó sus cosas y con una enorme sonrisa dijo:

—Adiós, bonita.

Estando desnuda en la cama deseé decir con un grito rotundo y ahogado:

—No te marches, hagamos de esto algo nuestro, no sólo mío, sino nuestro.

Y aturdida en medio de un delirio escuché un leve susurro:

—Hasta nunca.

En lo profundo de mi ser quise decirle que lo amaba como a nadie y que gracias a él aprendí a hacer el amor por primera vez. Sin embargo, para cuando estuve a punto, se marchó para siempre, y con él se fue una parte de mí.

Jhoana Chaidez

Nació en el año 2003 en Culiacán, Sinaloa, México. Es estudiante de Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Forma parte de la Confederación de Asociaciones de Jóvenes Lectores y Escritores del Estado de Hidalgo fomentando la lectura. Autora de libros como "Alas de guerra" y "Sentimientos de una pentathleta"; y coautora en antologías como "Amor y desamor", "LO que VEMOS al amar Vol. 2", "Las desobedientes" y "Amor y desamor 2024".



Mujer

Iraldo Ramirez Tapanes

Mi madre me había contado que la mujer estuvo encerrada la mitad de su vida en un caracol. su mirada contoneaba a través de una abertura , y el brillo disminuido de sus ojos no reconocían el mundo exterior. Al dejar la concha era una mujer inusualmente hermosa que sin poseía un rostro fresco, casi juvenil

-Había pasado el tiempo"- me dijo mi madre.

Finalmente legó el momento. Era una tarde de un intenso sol de verano en un cielo desprovistos de nubes cuando llegaba a la playa . Al ver las olascon su más azul color sentía unos enormes deseos de adentrarse en su fondo, pero su propósito la detenís y solo jugaba con las sirenas olas que terminaban su recorrido en la orilla acariciando sus pies desnudos.

Al verla, en su estado de mutismo, mi madre juro detenerla en el instante supremo del encuentro con la extraña criatura. Una ser extraordinariamente raro que había permanecido varado en largo tiempo en la arena de la playa., sin embargo, cuando logró

tener conciencia de que la mujer lograría su propósito, y nada, ni nadie la detendría, juro de recoger mediante la escritura aquel inusitado momento. Y ser testigo de la mujer significaba.

Ser su testificante.

Ser su declarante.

Ser su refrendario.

Y que fuera su testificante, declarante y su refrendario la comprometía bajo juramento de decir solo la verdad y nada más que la verdad. Era práctica tan antigua como el propio hombre. Otros tendrían el privilegio de conocer esta historia.

Luego mi madre la consolaba.

—¡Ánimo mujer! ¡Ya falta poco!

En el último verano llegó hasta el muelle y allí con la brisa palmeando su rostro espero la señal en equivocada de su corazón. Era la hora señalada.

Entonces, sus ojos de un color almendra se encontraron con la criatura de estafalario hocico y con determinación fue a su encuentro.

Mi madre me había contado que la mujer lo sabía desde el principio de los posteos días. En el dibujo faltaba un reloj blando. En ese instante atolondraron su cabeza disímiles ideas, creándole una confusión hasta sentir un miedo parecido a la muerte y por un momento tuvo que luchar contra esos fuertes sentimientos que se levantaban como pared ante ella y su deseo.

La transformación.

Sucedió cuando comenzó a tomar forma de círculo con una textura cremosa, flexible hasta mostrar una corteza enmohecida y aterciopelada, después se sentía un aroma agradable de fruta en toda la playa.

Mi madre me había contado que para permanecer firme a su promesa tuvo que refrenar su alma agitada y reprimir el deseo de socorrerla, pero el efecto mismo de la transfiguración la mantuvo inamovible, expectante y en constante vilo por conocer el final .

La mujer personificó un queso camembert, y comenzó a derretirse sobre criatura. Fue el comienzo para adentrarse a su mundo onírico.

Iraldo Ramirez Tapanes

Narrador y poeta. Graduado en Estudios Socioculturales por la Universidad de Matanzas y Máster en Ciencias Naturales. Premios nacionales e internacionales en cuentos y relatos para adultos, jóvenes y niños. Varios cuentos, relatos y poesía aparecen en revista y antologías en Argentina, España, Venezuela y México.

Poesía





El circo

Juan M. Fernández Chico

Un día desperté

Con el sonido del martillo y el murmullo

Desde mi ventana podía contemplar

La construcción del circo

Pesadas carpas yacían

Como gigantes dormidos

Hombres de brazos fuertes y rostros cansados

Se movían lentamente

Llevando cosas de un lugar a otro

Tenía trece años y aquel circo

Se convirtió en el paisaje de mi vida

Soñaba con ir algún día

Me imaginaba a los trapecistas y a la

Domadora de leones

Y a un grupo de payasos que salían

De un diminuto auto

Luces,

Música,

Y gritos de alegría
Todos los días pasaba en mi bicicleta
Contemplaba desde la distancia
Cerraba los ojos para que el
Martilleo se me antojara como una melodía
Las carpas se alzaban en los cielos
Una, dos, tres y cuatro carpas
Que rasguñaban las nubes
Pasaron los días
Y luego las semanas
Sin darme cuenta, pasé de grado
Me veía en el espejo, y cosas comenzaban a cambiar
Me sentía distante del mundo
Los paseos en bicicleta se hacían esporádicos
Y el martilleo dejó de llamar mi atención
Ya en la universidad, el circo no tenía lugar
Los hombres de brazos fuertes y rostros cansados
Se llenaron de canas y arrugas
Tal vez porque la puerta de mi habitación estaba siempre
cerrada
Tal vez porque cada vez quería estar menos tiempo en casa
Tal vez porque mis ojos descubrieron un mundo
Del que sabía su existencia
Pero que no había podido vivir hasta hoy
Tal vez por eso
O no
El circo desapareció

El sonido al viento
De las carpas
Se convertían
En un suspiro
Que el viento arrastraba
Como un aleteo
Me mudé de casa
Me casé
Nació Patricio y
De repente la vida
Me dejó de pertenecer
Vivía con la cabeza
En los aires
Y entonces, cuando
Los años lo habían
Cambiado todo
Volví a mi vieja casa
Contemplé el mundo desde
Aquella ventana
Con otros ojos
Los ojos de un hombre
Que veía al pasado
Como un puente
Que se había caído al cruzarlo
A lo lejos, como el fantasma
De un barco a la deriva
Las carpas del circo

Una sobre otra
Empalmadas, como una broma infinita
Los niños de la colonia
Esperando colgados en la verja
Que un día el circo
Abra sus puertas
Mi hijo y yo nos acercamos
A paso lento
¿Será por él
O por mi?
Miramos en silencio
Porque solo así se puede
Mirar
Los payasos, envejecidos
Juegan entre si
Los animales que sobreviven,
Yacen en el suelo, agotados
Por la espera
La música es una melodía
Ralentizada que se extiende
Como un hilo
Patricio los señala
Sonríe
Aquella promesa
De un circo
Le basta

Nos basta¹

1. *El circo* fue publicado por primera vez en el libro *Una pared para Patricio* (After the Storm, 2023)

Juan M. Fernández Chico

Nació en la frontera entre México y Estados Unidos un 17 de septiembre de 1985. Estudió un doctorado en ciencia política y abandonó la academia para perseguir otros sueños. Ha escrito varios libros, entre ellos *Correspondencias, cartas, figuras y personajes*, junto con Alfonso Herrera, *Excluidos funcionales y subjetividades políticas* y la novela *La isla de los ancianos*. Con *After the Storm*, ha publicado *Una pared para Patricio*, *Los gatos tomaron la isla*, *The essential society*, la segunda edición de *La isla de los ancianos* y *Exclusión y resistencia*. Es productor, guionista y director de cine.



Mon père

Carol G. Jagger

Le echo tanto de menos,
a mi padre,
y a él...
creo que ahora nadie puede entenderme.
ni molestarse en ello.
es un dolor tan profundo
como el de las rosas con espinas por dentro
de mi esófago.
ellos son las rosas...

-Tu eres una puta drogadicta!

Eso resuena en mi cabeza.
Él nunca me lo dijo.
y en este libro voy a hablar
de mi padre.
y de lo culpable que me siento.
con la misma pena de siempre.
Acabé llorando en el pasillo,
rota.
No puedo soportarlo.

No me gusta que me toquen,
Pero me tocan.
me pseudo-vendo.
me medio desnudo
y me tocan.
y ni siquiera me siento usada,
me da igual.
Lo único que me interesa
son los Red Hot Chili Peppers
y tener droga mañana.
dirían que estoy en otra dimensión
o en mi mundo
o jodida,
pero no.
o no del todo,

es suficiente.

Te diría que no encuentro ningún
tipo de alivio,
lo he probado todo.
es jodido estar así a los 41,
mi puto número de la suerte.

esas personas se buscaban la vida con un cubo y un palo.
yo ni siquiera sabía muy bien de qué iba la vida,
fruto de mi deformidad mental vigente diariamente,
como sus miserias,
para ellos tampoco había día del trabajador

Si hacen películas tan malas es porque estamos solos en el mundo.

Tú, eres sincera como un trapo.

Carol G. Jagger

Autora de 40 años nacida en Sagunto, Valencia (España). Se inició en la lectura de los clásicos y la generación beat muy joven, empezando a escribir poesía con 13 años. A los 15 años gana su primer premio joven "Villa de Mislata", con una poesía ya de marcado carácter propio. Fiel lectora de la generación beat, rockeros y Bukowski. También influenciada por el estilo de Carver, Houellebecq y los 90. Ha cursado estudios en diversas universidades valencianas de filosofía, bellas artes, educación social y literatura. Publicó "Jagger" en 2020.



Versos por Séneca

Damián Andreñuk

Necesitamos en verdad sólo muy poco

Cuidar cada tesoro que nace de la sangre.

Acariciar las orquídeas que brotan del cariño.

Forjar un escudo de quietud luminosa, una espada febril
contra los lobos.

Lo más terrible es el temor

Como soñar continuamente con amapolas muertas.

Como querer bailar con las piernas cercenadas.

Como un voraz incendio en el último refugio.

Difícil acertar antes de equivocarse

Hay que beber toda la magia que irradia la niñez.

Hay que hundir el cuchillo en la lepra de la vida.

Hay que buscar la comunión con los ángeles del Otro Lado.

Damián Andreñuk

Nació en City Bell en 1986 y reside en Villa Elisa, ambas localidades ubicadas en el partido de La Plata, Buenos Aires, Argentina. Publicó once libros, todos a través de certámenes en diferentes editoriales: Omisiones (Raíz alternativa, 2010), Portales al vacío (De Los Cuatro Vientos, 2011), Formas concretas (Hespérides, 2013), Silencio de crisálidas (Literarte, 2015), Metástasis (Luz del alba, 2015), Vértigo insondable (Mis Escritos, 2017), Música del polen (Hespérides, 2021), Yamila (3K, 2021), Donde orinan los lobos (Fela, 2021), Dimensiones de lo breve (Mis Escritos, 2022) y Pelear contra la niebla (Trinando, 2023). Además, a nivel nacional e internacional, obtuvo distinciones en concursos y fue seleccionado para colaborar en revistas y antologías.



Tiempo

Bone

Tu cueva
La placenta es la última,
fue
la primera, alguna vez.
Creo que estás
quiero creer que estás
en este vientre que ya no es rígido
pero sigue abultado.
Hundo mis dedos en él
y te busco dentro.
La placenta, tu cueva
mi tortura.
Quiero que vuelva el tiempo
atrás
como un nado de dorsal.
Quiero, una vez más
tan solo una
sentir-te en la cueva,

saludando mi voz.
La placenta ya no está
solo el abdomen, alerta
aguarda.
Se sostiene, se amarra
jugando contra el tiempo
no quiere contraerse,
no quiere ceder.
Piensa que tal vez
tan solo una vez
tú regresas
tú latido vuelve al ritmo.
Y qué tal vez
tan solo una vez
mi corazón se siente vivo.

Bone

Nacida en 1990 en la provincia de Chubut, Trelew, Argentina. Licenciada en Trabajo social, formada en producción artística y escritura creativa. Perito Social en el Poder Judicial de la Nación. Productora y Gestora de proyectos socioculturales. Publicaciones varias en editorial Fin del Mundo, editorial Autómata, editorial La Retórica Ediciones, Revista Venablos, Revista El Creacionista. Libros, Vivir Sin Ti, poemario publicado en 2024, editorial Niña Pez.



Habitación para una amiga

Melina Sánchez

Te soñé en el frío del norte
te escuché en el medio del desierto
te pude ver arrojando comida a esos trenes que pasan por la
frontera
ibas caminando al costado de la carretera
una noche en Oaxaca
gritaste desde ahí al universo
todas hemos tenido miedo
a una violación
estuviste a punto de casarte con un machista
solo por la residencia
y te acababas de separar de otro igual

con la mochila a cuestas
como única casa
atravesaste el corazón del Amazonas
le hiciste un escrache a Herzog
probaste

el San Pedro
pero te dolieron los ojos
de ver tantos camiones
cargando con todos esos árboles
malas noticias
no hay Ayahuasca contra eso
lo que hay es que esconderla
una se puede curar su propio cáncer
lo que no puede es salvarle la vida a la selva
los que van con palos
ya no son nuestros abuelos
delante de ninguna manifestación
son las forestales

estaba embarazadísima
como de nueve meses
cuando me hiciste ir a una clase de parto respetado
un montón de chetas
hablando de la sabiduría indígena
ese día me convencí
de que nunca iba a acceder a ningún tipo de salud prepaga
y decidí militar el aborto ancestral
pero vos llegaste a Guatemala a hablar con las parteras
hace tantos años ya de esto
y después, tiempo después, muchos años después que vos y que
yo, murieron esas niñas, y murió ese médico, y antes fue el
genocidio de las mujeres indígenas a manos de los soldados, pero

vos ya habías caminado por ese lugar,
a paso rápido, pero pasaste también por ahí,
y después, tiempo después, muchos años después que vos y
que yo, volviste a ser maestra, en una escuela comunitaria en
México,

¡Tantas vidas amiga!
estoy practicando curarme yo sola
como aquella vez que un auto te tiró de la bicicleta
y no querías ir al médico
porque eras migrante
y vos te curaste sola igual
a medias, pero igual
con secuelas, pero igual
como si otras cosas no dolieran...
como si no doliera el tren de Zona Sur al microcentro
con estas caras
como si no dolieran los amores
los hijos el alquiler las tetas
como si no doliera no querer otra cosa
otras cosas

te reportaste "en un ciber en París, sin plata y sin trabajo"
y te dije que te vayas a Marte porque te vivías mandando cagadas
como si tuvieras una molotov en cada mano preparada para
cualquier momento
y después de eso me contó un amigo
que estuviste por la frontera con Alemania,

justo en momentos de fronteras cerradas,
que fuiste a Berlín,
a principios de la pandemia,
después al País Vasco,
que bajaste,
vos que siempre subías,
que bajaste,
hasta Marruecos,
que te quedaste otra vez en la frontera
y era julio y acá hace frío
y yo pienso que hace frío en todos lados
y me preocupa que hayas pasado noches sin manta y sin idioma
y después no sé cómo carajos te encontramos a diez kilómetros
de Douarnenez
a mí a lo único que me sonaba Douarnenez era a un poema de
Girondo,
como si tuvieras la extraña capacidad de volver realidad la fic-
ción...
"a diez kilómetros del Puerto de Douarnenez" y una dice
diez kilómetros, no son nada, pero no se caminan rápido diez
kilómetros
y hay que ver si se caminan
"está en una casa okupa junto con un grupo de anarquistas, no
la está pasando bien"
veo en las redes unas noticias:
"anuncian que pronto llega el EZLN a Europa", no sé porqué
me consuela creer que estás esperando a que los zapatistas

lleguen al viejo mundo... “a diez kilómetros del Puerto de Douarnenez”, en la Bretaña Francesa...

Yo no tengo nada
más que mis manos
mi libertad y mi historia
mil veces te pienso amiga
y aunque estemos distanciadas
te recuerdo como a una hermana
me preocupan tanto
las rutas de tu camino
paso en vela
tantas veces
imaginando tu morada
tu mochila a cuestas
los dientes que nos rechinan...
tantas veces
me echaste una mano
después de haberme vos misma lanzado
a una intemperie que no conocía,
a veces te odio y a veces te quiero
así, como a la familia,
pero qué hubiera hecho yo sin ese desamparo
si es tan necesario como el cobijo

hermana
si hasta hubo noches
de un frío de muerte
que a la mañana parecía mágico
y ahora, después de años
hasta añoro como el fuego necesario en torno al que se contarán
las historias,
al gas de la hornalla
que no nos abrigó
aquella vez en una callecita olvidada
de Zona Sur cerca de la Cancha de Independiente...
y yo te seguía
como las hermanas más chicas siguen a las hermanas mayores
como si fueras qué se yo
una maestra
o
una escuela...
y a veces te confundías tanto
como todas las diosas caídas de los cielos
iluminabas esos antros blancos de Buenos Aires
los gringos flasheaban
con tus trapos de oferta de El alto
los últimos tiempos acá,
como cualquier sabia
te habías colgado de aros
unas herramientas
que usaban los Incas

para trepanar cerebros...
vos tan terca con la historia siempre...
yo te estoy escribiendo esto hermana
para cuando seamos viejitas
y tengas ganas de venir a contarme
otra vez de tus vueltas por los cuatro mundos
en mi casa hermana
siempre habrá una habitación para vos.

Melina Sánchez

Buenos Aires, 1983. Docente y comunicadora afroindígena. Profesora de literatura en escuelas secundarias. Cursa la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Estudia, recopila y difunde literaturas indígenas actuales. Dicta el Taller de poesía indígena latinoamericana actual. Ha colaborado en distintos medios de prensa alternativos: ANRED, *ANCAP*, *Tramas*, *El Tintero de Salta*, *Feminopraxis*, *Kaos en la red*. Escribe en la sección de Poesía indígena de América en la Revista Taller Igitur, de México. Publicó poemas, reseñas y ensayos en distintas revistas literarias de Argentina y Latinoamérica: *Revista L.A.L.T.*, *Revista Apóstrofe*, *Revista Anestesia*, *Carta abierta*, *Black Fish Magazine*, *Revista Extrañas Noches*. Participó de la antología y fanzine *MIGRATIONS & MOVEMENTS. FALA ZINE*. Fue una de las artistas seleccionadas para formar parte del 6to Festival Cuirpoétikas, de la Ciudad de Guatemala.



Mi Retrato de Dorian Gray

San Trópico

Enmarca las paredes.
Rompe las bolsas de té.
Cerraré la puerta antes
que las brasas pasen.

Está ahí al lado, fuera del techo
contra lluvia y niebla,
contra burlas de ranas;
fango y risas, y llantos
en la mitad.

Me dice que no todo hambre se arregla
comiendo.
Con el licor puedo ver mejor
los gritos.
Sigue ayer y hoy, mañana no.
Los platos serán recogidos,
pero aún está ahí, el paquete abierto

con su fiesta aún guardada.

Está en las cosas pequeñas, si puedes verlo
no lo creas, pues de qué otra manera...

Como si mis electrones no empujaran
lo que intento acercar.

Reina esta casa, y cuando se es Rey
no se puede ser nada más.

Así que mejor trancaré la puerta
y miraré la laguna; agua regia y arena rubia.

El fuego está en las nubes.

El agua lo reemplazó, muy tranquila,
pero el caos me invita.

En el agua me siento bien
aunque no esté nadando;

cuando entra tranquila

y siento su presión:

¿qué más me queda?

Y solo quedará el cuadro, ya no hay más ventanas.

Y pasaremos al lago,

sin remos el río traerá un manantial salado.

Beberemos... y solo...

querremos más... más...

Joshua Restovich Osorio

Oriundo de Puerto Natales, región de Magallanes, Chile. Nació en 1997, biólogo profesional y escritor autodidacta. Ha publicado cuento, poesía y ensayos en revistas, antologías. Finalista en el concurso de Cuentos Juan Bosch 2021, y uno de los ganadores en la categoría de microcuento en el Festival GAIA 2023.



Desde hace algunos días hay un hombre viviendo en mi casa

Lisa Jr

Desde hace algunos días hay un hombre viviendo en mi casa y esta tarde de frente lo ví.

La luz blanca de la cocina iluminando su rostro, los pómulos deshidratados las orejas, su ancho cuello.

Esta tarde entonces le pregunté cómo se llamaba pero él no dijo nada no habló, no hizo gesto alguno ninguna pista aunque lo miré de muy cerca. Impávidos los dos.

Anochece y fumo sentada en la ventana. Lo observo sentado en la única silla de la casa frente al escritorio, no me mira

tiene en cambio
los ojos clavados en la pared.
Creo que intenta atravesarla.

Temo que está atrapado y no sabe
a dónde ir.

Voy a dejar la casa ésta noche
me iré antes de que la oscuridad
sea plena.

Y espero no verlo al regresar.

Pilar Sanjurjo

Licenciada en sociología. A lo largo de su recorrido ha tenido el honor de participar en diversos eventos y festivales de poesía. En 2020, formó parte del festival #PoesíaYa en el Centro Cultural Kirchner, en el segmento Novísimos, poetas del futuro. En 2021, ganó la convocatoria; Lecturas Performáticas; en el Centro Cultural Recoleta, año en el que publicó su plaqueta de poesía "Lugares Comunes" por Patronus ed.

En 2022, fue parte del homenaje a Oliverio Girondo en el Centro Cultural Kirchner, ese año participó con la escritura de un poema en el homenaje por los 45 años de las Abuelas de Plaza de Mayo. En marzo de 2023 participó en el evento "Nosotras movemos el mundo por lademocracia"; en Tecnópolis, junto con el grupo activista "Si tuviera un paraguas te lo daría - poesía para las amigas" el cual fusiona freestyle y poesía. Participó de lecturas en el marco de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires y la Feria del Libro de Tandil.

Coordina, junto con Abril Rufino, el ciclo de poesía "Primavera todo el año" el cual tiene lugar en el Museo Casa de Ricardo Rojas.



Sombras

Sandra Cabrera

Campo santo

I

Los muertos se acumulan en el altar de la casa,
el que inventó mamá en una esquina del comedor
rincón lleno de fotos que no permiten olvidar.
No dejan la familia escape a la memoria.

Allí abuela, abuelo, tío,
habitan en silencio
y murmullan aquello que no sabremos jamás.

Un altar de lágrimas,
vasos con agua y flores,
velas derretidas,
una cera habla del llanto
que sale cuando lloramos la muerte de alguien.
En cada duelo
hay un poco de dolor por nosotros mismos,

en cada muerte que lloramos
también lloramos la nuestra,
la conciencia del inevitable olvido,
la ausencia se personifica,
nuestra foto en otro altar.

II

Una partida más,
tristezas balanceándose
como el recuerdo vívido
de la ausencia,
la fatiga en la piel
marchita/ ahuecada/ descompuesta.
No sabes si llorar,
su muerte es un retrato
revisitado en los espejos,
vulgares sintonías de la disfuncionalidad.
Él era tu padre,
pero tú nunca su niña,
los secretos cambiaron
la gramática de los asuntos
de temas silenciados
entre el ruido del pasado y presente.
Otra partida más,
yo parafraseando la mía.

III

Cuando los poetas
creen morir,
resulta ser el nacimiento
de una palabra:
una que se inventan para apagar el grito,
para sentir el universo.

* * *

Epitafio

Solo me gusta decirles adiós a los muertos
pero lo estampaste en el chat
dando sentencia de mi descenso,
clavándome el "Adiós" como un epitafio para toda la vida.
Nada puedo hacer con la arena y la ventisca,
nos descubre ciegas antes los umbrales
en los cementerios del alma.

Pasaré el cerrojo,
con veinte guarda espaldas.
Algún que otro revólver quedó de las guerras
que he librado bajo el agua.

Adios.

* * *

Poema sin nombre XLVI

Hay muchas maneras de estar muerto,
con un café menos amargo,
una taza:
ni medio vacía, ni medio llena,
menos vieja,
sólo con la esperanza
de un café sin silencio.
Aquel alquiler pequeño,
con la ducha caliente
donde te ahogué
sin saber que no se duplicarían
las noches de aeropuertos desorientada,
el susto, el miedo,
las ganas
la vida
el sexo.

* * *

Fosa común

Enciendo un cigarro
me descubro frente al espejo
como quien no quiere mirarse por dentro,
cansada de las fosas:
malolientes y abandonadas.
Voy desnudando las fibras
los músculos,
retorno a mi útero, la vagina, la vulva,
desconcierto.
Como el malecón habanero
un viernes cualquiera,
sin años ni días
habitado por borrachos y putas,
va emergiendo el reflejo,
quema los pulmones con la lentitud
de quien no quiere morir
aun sabiendo que en cada paso
se apresura la muerte.

Se apaga el cigarro,
fantasmas esclavizados de cementerio
de tantas lápidas con mi nombre,
tu nombre, nuestros apellidos
erigiendo un pozo nuevo,
una vasija en ofrenda a Isis,
a la entrega de tantas diosas herejes,

mujeres de piernas blandas,
a la huida perenne de estar siempre
agonizante
en el espejo.

* * *

Sandra Cabrera

Poeta, periodista, promotora cultural y productora multimedia. Licenciada en Estudios Socioculturales, graduada del Diplomado en Música Hispanoamericana y de Periodismo. Antología “Palabras en Vuelo V” en la cual además fue compiladora por a la parte cubana. Su poemario “Fragmentada” fue publicado por los Cínicos Editorial, México, en agosto del 2021. En la antología “La deconstrucción del luto” de la Foundation Literary International Holanda- Cuba, antología “Poemas bajo el brazo: Selección de poetas cubanos”, en México, antología “Madre de la tierra: Antología Internacional de Voces Femeninas por las defensoras del Medio Ambiente”, Grito de Mujer 2023, en República Dominicana y en la antología “Colibríes sobre mares” Poesía contemporánea cubana por el mundo, la cual obtuvo reconocimiento internacional Libro del Año 2023.



BL_ACK

THUNDER

www.afterthestorm.store/blackthunder

CONVOCATORIA ABIERTA

Cuento, poesía y ensayo, para conformar una serie de antologías publicadas periódicamente.
Para registrar tu obra, visita:

www.afterthestorm.store/black-thunder/



www.afterthestorm.store